

1. NEGOCIANDO CON UN DRILLÍN

Hacía un calor espantoso en la antesala. Volví a sacarme el pañuelo del bolsillo por enésima vez, pero al tocarlo noté que estaba ya demasiado sucio y húmedo. Hice una bola con él y lo lancé al conversor de materia.

Hora y media de espera sin aire acondicionado. Uldrimai se acordaría de mí, vaya si se acordaría. Tenía suerte el drillín. El suyo era el último pedido que serviríamos aquella temporada. De no ser así, me habría marchado ya de Albron. El cargamento de plembalita era muy fácil de vender.

—¿Qué demonios ocurre? —me preguntó Lérad por el microtrans.

—Haz el favor de callarte —contesté.

—No me gusta regalar mi tiempo a los drillines —apremió Lérad—. Dile a Uldrimai que o te paga ya, o nos vamos.

—Impaciente. ¿Por qué no vienes tú y se lo dices?

La puerta de la antesala se abrió. Uldrimai estaba sentado tras una mesa oval al fondo del salón, sonriendo beatíficamente.

—Puede pasar —dijo con voz pastosa.

Noté en la habitación la misma atmósfera agobiante que en la antesala. Chasqueé los dedos para que el carrito que me acompañaba me siguiera. Uldrimai me señaló una silla de plástico negro. El asiento abrasaba como una tea encendida. Contuve a duras penas el impulso de levantarme, pero lo que no pude contener fue una mirada rabiosa hacia Uldrimai.

Era como todos los drillines, repugnante. Su sonrisa cínica dejaba al descubierto dos ristras simétricas de dientes caninos y una gruesa lengua parda que rezumaba saliva pringosa. Su cráneo en forma de pera daba la falsa impresión de albergar menos sesos que un rocnilis. Tenía el rostro tan arrugado que parecía la tela del pañuelo que había tirado al conversor. Pero lo que más llamaba la atención en Uldrimai, y en todos los de su especie, era la flácida papada que le colgaba sin gracia de la barbilla. Al más leve movimiento, oscilaba de un lado a otro como un péndulo. Su corto y grueso cuello estaba escondido en un lugar indeterminado tras el colgajo de grasa.

Uldrimai vestía una túnica verdeazulada con cuadros naranjas. Las mangas acababan en un ostentoso frunce de encaje. Es proverbial en los drillines su ramplonería y mal gusto. Se estiró con arrogancia una de las mangas y me preguntó por qué no había descargado todavía la plembalita.

—Esperamos que se digne aprobar nuestra liquidación —respondí sin inmutarme. Es el tipo de eufemismo que se emplea para decir: primero déme el dinero.

El drillín sacó una pequeña bolsa del cajón de la mesa.

—Tenga —me la arrojó con gesto ausente. La cogí al vuelo—. Ahora, dígame a su amigo de la nave que descargue.

Depositó la bolsa en una bandeja del carrito.

—¿Qué hace? —graznó Uldrimai.

—Faltan cien argentales —anunció el carrito.

—¡De eso nada! —protestó el drillín—. Meldivén, puedo demostrarle documentalmente que...

—Por supuesto que puede —repliqué—. Lléveme a la Corte Independiente si lo desea. Tal vez gane el pleito con sus documentos falsos, pero le juro que me ocuparé personalmente de que ni una sola nave del Sindicato aterrice en este planeta.

—Usted no puede hacer eso.

—Albron se encuentra fuera de las líneas regulares del comercio intersistema. ¿Cree que la *Transtelar* haría una excepción con usted? Los cargueros de la compañía no se acercan a Albron ni a una distancia de cincuenta parsecs.

Uldrimai rumió la respuesta unos segundos.

—Mis arcas están vacías —alegó—. Mi agente de Vulgin no ha podido hacerme la remesa este ciclo. La supernova...

—No siga —atajé—. Ése es su problema. Nosotros también hemos sufrido pérdidas por culpa de las supernovas. O me paga los cien que le faltan, o me largo —logré levantarme de la silla tras un pequeño forcejeo para despegármela. Se me había adherido como una segunda piel—. Vamos, carrito.

—Esp... espere —rogó Uldrimai—. Siéntese, creo que podemos arreglarlo.

—Prefiero estar de pie, la verdad.

—Tenga —sacó ágilmente del cajón un lingote de belenio—. ¿Qué le parece?

Cogí la pieza y la introduje en el carrito. Éste dictaminó:

—Adulterado con incrustaciones de mica.

—¡Desde luego que está adulterado! —exclamó el drillín—. En estado puro valdría mucho más que los cien miserables argentales que me reclama.

Sopesé el lingote con la mano. Lérad me dijo por el microtrans:

—Tómase lo. Yo me encargaré de refinarlo.

Jugueteé con el lingote, cambiándomelo de una a otra mano.

—Es una lástima que no tenga dinero —comenté—. Traía en el carrito varios artículos que le habrían gustado —por el microtrans añadí—: Lérad, abre la compuerta de autodescarga.

El drillín giró su poltrona. La pared frontal se convirtió en una ventana. Uldrimai contempló con apatía cómo bajaban los contenedores por la rampa de nuestra nave. Cuando Lérad finalizó la operación, el drillín murmuró:

—Pero tengo más belenio.

Asentí, y saqué del carrito un estuche de terciopelo rojo. Lo abrí con cuidado y se lo mostré a mi cliente.

—Se trata de un aparato de seguridad personal. No lo toque con los dedos. Es muy delicado.

—Parece una vulgar lente de contacto. ¿Y esa bolita blanca de ahí?

—Se llama tercer ojo. Se implanta en esta zona —señalé un punto por detrás de mi cabeza— sin apenas requerir intervención quirúrgica. Es la última palabra en extensores, a un precio realmente insignificante.

—No me gusta —gruñó Uldrimai—. Debo estar horrible con esa cosa en el cogote.

—Se podría implantar a sus guardaespaldas —pobres guardaespaldas, pensé—. Los impulsos que transmite al cerebro permiten cubrir trescientos sesenta grados de visual.

—Bah. Muéstreme qué más ha traído.

—Tengo licor de alquermes, pero es un artículo caro. Sinceramente, no sé si estará a su alcance. Aquí traigo algo más económico.

—¡Enséñeme el alquermes!

—Le advierto que es muy fuerte, especialmente para los drillines. El mes pasado se me ocurrió ofrecérselo a un cliente y, bueno...

El videofono de Uldrimai emitió un pitido lastimero. El ser murmuró una imprecación, eructó y conectó el aparato.

—Hemos vuelto a verla, señor —dijo el drillín que apareció en pantalla—. La misma nave de ayer.

—Merodeadores —comentó Uldrimai en un susurro—. ¿Conserva la órbita solar?

—Sí, señor.

—Tratad de capturarlos, pero no corráis riesgos. Si se resisten, destruidlos —apagó la pantalla—. Tendrá que disculparme, Meldivén. Estoy interesado en el alquermes, pero carezco de liquidez en este instante. Si me acepta un solemne pagaré con aval quintuple...

—Lo siento, no es posible.

—Entonces, ya puede irse con sus cachivaches a otra parte.

Me dirigí a la salida.

—Por esa puerta no. Por ésta —el drillín me señaló una trampilla que se había abierto en el suelo—. Llegará antes abajo.

Una escalera de caracol descendía hasta el suelo. El carrito no podía bajar los peldaños por sí solo. La escalera era demasiado angosta.

—No se preocupe por su robot. Mi ayudante se lo llevará a su carguero —se ofreció amablemente Uldrimai, pero yo desconfiaba.

—Prefiero bajarlo yo. Es muy susceptible.

Entre el calor infernal y el peso del carro, llegué a la planta baja completamente deshidratado. Hice un inventario de mis pertenencias personales y revisé las mercancías del carrito, por si acaso un electroimán instalado en la estructura de la escalera me había birlado algo. Aparentemente, no me faltaba nada.

—Lérad, te espero en la cantina —dije por el microtrans, y despaché al robot hacia *Poderosa*.

La calzada estaba cubierta de arena verde. La arena y las libélulas sangs eran lo único que el planeta Albron ofrecía al visitante, aparte de un tórrido clima de cuarenta grados a la sombra en la estación invernal. Por desgracia para mí, había llegado a Albron en pleno verano.

Dos libélulas adultas revolotearon en derredor mío. Aceleré el paso antes de que vinieran más y me acribillaran. Una ráfaga de aire me llenó los ojos de arena caliente del desierto. Alcancé casi a ciegas la puerta del bar y eché el cerrojo por dentro. Las libélulas revolotearon al otro lado del cristal durante unos instantes, y viendo que ya no tenían nada que hacer, se marcharon en busca de otra presa.

La cantina estaba vacía. Las sillas se encontraban recogidas encima de las mesas, y por la capa de polvo que las cubría, deduje no se utilizaban con frecuencia. En el local flotaba un olor a madera mojada. Estaba a punto de volverme por donde había venido cuando un drillín apareció por detrás del mostrador.

—¿Qué vas a tomar?

—Algo tan frío que me hiele el gaznate.

Lérad entró resollando.

—Fuera hay más de diez sangs esperando para darse un banquete —me advirtió mi socio—. No están acostumbradas a oler la sangre humana.

—Tranquilizaos —el camarero me sirvió la bebida—. Estáis de suerte, tengo un aerosol muy apropiado para estas

circunstancias. Una rociada con el producto las mantendrá alejadas de vosotros.

—Fessnis con hielo, por favor —pidió Lérad.

Probé con cautela un sorbo de mi bebida. Amargaba, pero se podía beber. Y estaba fresca.

—¿Oíste lo que comentó Uldrimai acerca de la supernova? —le pregunté a mi amigo.

—Lo oí —Lérad agitó su fessnis—. Un truco para no pagar.

—En los últimos tres meses han aparecido veinte nuevas supernovas. Estrellas catalogadas como estables han explotado. Lo normal es que aparezca una supernova cada siglo en la Vía Láctea, pero sólo en este trimestre hemos agotado el cupo para los dos próximos milenios. Y los astrónomos están mudos. No se atreven a aventurar teorías.

—Sí —dijo Lérad—. Me pregunto por qué Nafidias Mosna desapareció poco después de que apareciese la primera supernova hace tres meses. Desde entonces no hemos vuelto a ver al viejo. Y conste que no tengo ningún deseo de encontrármelo.

Miré por el cristal de la puerta del bar, para comprobar si las libélulas sangs se habían marchado.

—Han venido más.

—Tenéis suerte de que aún me queden dos aerosoles —anunció el camarero—. Son sesenta por frasco.

—¡Sesenta! —exclamó Lérad—. ¿Qué contienen, esencia de ladur opalino?

—Pero si lo preferís, podéis arriesgaros y salir a la calle sin protección. En realidad —el drillín nos miró con desprecio— sería lo mejor.

Deposité las monedas encima de la barra. El drillín nos entregó a desgana los dos aerosoles.

—Personalmente preferiría que las sangs os picasen hasta que reventaran.

—Eh, correoso, cuidado con lo que dices —le advirtió Lérad.

—Los humanos estáis detrás de todo esto —replicó el drillín.

—¿De qué me hablas?

—No disimules, habéis inventado una nueva arma. Y la estáis utilizando.

—Las supernovas también han afectado sistemas planetarios de la Confederación —dije.

—Porque la humana es la única especie que se mata a sí misma. Sois así de inteligentes.

El aerosol apestaba a drillín. Me fijé en que el camarero no tenía una sola picadura en la piel. Los drillines son capaces de exudar una completa gama de emanaciones pestilentes. Me pregunté si no haría él mismo los frascos.

El líquido surtió efecto. Las libélulas dejaron de mostrar interés por nosotros, y conseguimos entrar en *Poderosa* sin sufrir el menor picotazo. Lérad se ocupó del despegue mientras yo me sumergía en la ducha microsónica para desprenderme de las partículas de arena y de la peste a drillín.

Las toberas de la nave rugieron y el carguero comenzó a elevarse del suelo. Llegaríamos a Acidalia dentro de un día, si todo iba bien y los motores no se sobrecalentaban. Quince días de descanso, y después vuelta al trabajo. Eran las primeras vacaciones que nos tomábamos en tres años; aunque sin un argental en el bolsillo, poco íbamos a disfrutarlas.

Al acabar la ducha, realicé una revisión rutinaria de las bodegas de carga. Los sensores de la C-1 dieron lecturas normales. Tecleé en la compuerta la clave de sellado al vacío, y me quedé escuchando hasta comprobar que la bomba de succión entraba en funcionamiento. Me detuve en la entrada de la bodega adyacente. El indicador de radiactividad marcaba un nivel alto a causa de la plembalita que habíamos almacenado allí. Apliqué el procedimiento de descontaminación habitual y programé el sellado automático para dentro de media hora.

La C-3 era distinto. Por encargo de un zoo de Bululang VI habíamos tenido que transportar un cargamento de filoxarias cintiformes, plantas parecidas en la forma a las algas, pero extremadamente peligrosas. Debía cerciorarme de que no quedaba una sola fibra reptando por las paredes, porque los restos podían fermentar reaccionando con el metal de la bodega. Los sensores no detectaban actividad biológica,

aunque con las filoxarias, eso no significaba una garantía fiable. Abrí la pesada puerta de acero y encendí las luces.

—¡Mel, acude a la cabina de mandos! ¡Rápido! —tronó el altavoz del pasillo.

Llegué sin aliento a la cabina. Entre los ataques de los piratas y las inspecciones de los agentes de aduanas, nos habían despellejado aquella temporada.

—Vamos de vacío —dije, sentándome en el asiento del copiloto—. ¿Es que no lo han detectado con el haz de exploración?

Lérad negó con la cabeza, y señaló los indicadores del panel.

—Estropeados. Todos al cuerno —explicó—. ¿Te acuerdas de aquella reparación en Rigel? Nos estafaron. Han dejado a *Poderosa* peor que estaba.

—Disculpe, piloto.

La voz había surgido del cuadro de mandos.

—Disculpe, piloto. Soy un detector parlante de averías, y es mi deber informarle que en contra de su opinión, no hay nada estropeado en la consola.

—¿Qué es eso? —exclamé.

—Debieron instalar el parlante en Rigel sin que nos diésemos cuenta —observó Lérad—. Seguro que para elevar el precio del arreglo. Veamos, listillo, dinos qué pasa.

—Creo haberle dicho antes, piloto, que sólo soy un detector de averías —replicó el mecanismo—. Sugiero que esa pregunta se la formule al computador de la nave. Mi misión es mostrar los fallos, pero no realizar una investigación sobre los factores causales que intervienen en el desencadenamiento de las deficiencias...

—¡Cállate! —gritó Lérad. El parlante se calló—. Mel, échale una ojeada al monitor de tu izquierda.

—A menos que hayamos girado en redondo y estemos a punto de chocar contra el sol de Albron, tiene que haber algún error. Espera —medité—, recuerdo que Uldrimai citó en su conversación a los merodeadores.

—Esto no me gusta —Lérad activó los controles de impulsión cuántica.

—Todavía estamos demasiado cerca de la estrella para saltar.

—¿Qué estrella?

El ordenador presentó en pantalla los primeros cálculos del fenómeno. Una esfera incandescente, cuya temperatura era de varios millones de grados, se estaba expandiendo desde la posición que había ocupado el sol de Albron hacia el exterior del sistema.

—Me temo que no volveremos a ver a Uldrimai. Albron se convertirá en vapor dentro de cinco minutos. Su sol acaba de estallar.

—Otra supernova —dije entre dientes.

—Eh, Mel, ¿pagaste el recibo del seguro el mes pasado?

—Habíamos acordado que te encargarías tú de eso.

—No intentes desviar tu responsabilidad. Sabes que el papeleo es cosa tuya —Lérad observó los monitores con preocupación—. El mapa de granulado gravitacional muestra orificios por todas partes. Podríamos saltar, pero el generador principal se incendiaría; y sin generador, esta nave no vale un comino.

—¿Y te preocupas por eso? Sobre *Poderosa* todavía pesa una hipoteca de ocho millones de argentales. Lérad, será el banco quien perderá, no nosotros.

—Es la primera vez que vamos a saltar teniendo detrás una supernova. Nadie del sindicato nos creerá cuando lo contemos, Mel. Si es que sobrevivimos a la experiencia.

—Bombardeo de partículas taón en el casco. Ahí fuera se podrán cocer bollos dentro de muy poco.

—Sí, y espero que yo no sea uno de los bollos.

Faltaban tres minutos para que el frente de choque de la supernova nos alcanzase. Las coordenadas de hipersalto ya habían sido establecidas por el ordenador, pero el generador cuántico todavía no se hallaba a punto.

—Deberías avisar a tu casa para que no te guarden la cena, Mel.

—No sé a quién quieres que llame, como no sea a la computadora de mi apartamento.

—Entonces, llama a tu chucho.

—¿Qué demonios le pasa al generador, Lérad? Creí que lo habías arreglado.

—Las partículas taón deben estar interfiriendo en su funcionamiento.

Dos minutos.

—¿Sabes, Mel? En este momento es cuando se echan de menos las cosas buenas de la vida. Si te concediesen un último deseo, ¿qué pedirías?

—Que te cosiesen la boca.

Un minuto.

—Tendremos que arriesgarnos con el generador auxiliar —dijo Lérad—. Quizás reaparezcamos en el núcleo de una luna, pero al menos será una muerte rápida.

—Quedándonos aquí también lo será. La computadora debe volver a calcular las coordenadas si activamos el generador auxiliar. No hay tiempo para eso.

—Será como saltar a ciegas en el vacío.

El generador auxiliar entró en funcionamiento. Nuestra nave fue catapultada hacia el infinito, entrando en un pozo sin fin.

2. MERODEADORES

Emergimos al espacio normal con el sistema de impulsión cuántica destrozado. El precio de la reparación superaba el millón de argentales y ninguno de los bancos a los que acudimos mostró su disposición a prestarnos ese dinero. Nuestros quince días de vacaciones iban a prolongarse durante mucho más tiempo del previsto.

Por fortuna, comprobamos que estábamos al corriente en el pago de las primas del seguro. Con el dinero que recibiésemos de la compañía, podríamos pagar la primera entrada de una nueva nave y jubilar a *Poderosa*; aunque habría que actuar rápido para no dar tiempo a que el banco titular de la hipoteca nos embargase la indemnización del seguro. Nuestro carguero se había ganado el descanso final, no aguantaba más remiendos. Era el momento de deshacerse de él y tomarse una copa a su salud a costa de la aseguradora.

Llegué a mi apartamento, cansado, pero hasta cierto punto reconfortado por aquella perspectiva. El sensor de la puerta exploró mi contorno facial.

—Abre, Bleis, soy yo.

Mi computadora doméstica comprobó el registro de voz y me dejó pasar.

—Me alegro de volver a verte, Meldivén. Espero que hayas tenido una temporada de ventas provechosa.

—No tan buena como hubiera deseado —me arrellané en el sofá. El vibromasaje envolvió mi cuerpo con caricias tonificantes y cálidas—. ¿Dónde se ha metido Rufián?

—En el invernadero —informó Bleis—. Lo llamaré.

Rufián estaba un poco sordo, el pobre. El veterinario me advirtió que el proceso era irreversible. En el plazo de un año perdería por completo el oído. Si ustedes han tenido un perro auriga en su casa, sabrán por qué.

La computadora lanzó un ultrasonido. Rufián salió correteando por la puerta del invernadero, arrojándose a mis brazos para que le rascase la barriga. Su pelaje ambarino había perdido color. Estaba pajizo y áspero.

—Huele a ajo —le dije a Bleis—. Te dije que le quitases esa manía de comer ajo.

—¡Gug, gug! —ladró el perro.

—Meldivén, sospecho que el perro padece trastornos glandulares.

—Le viene de raza.

Salí al invernadero y abrí uno de los ventanales para tomar el fresco. Era de noche. Rufián saltaba y retozaba a mi alrededor, con grave peligro para la plantación de milogras que estaba junto a la cristalera.

Allí arriba, en el firmamento de Acidalia, todo seguía igual. El sol de Albron pestañeaba en el cenit, como si aquello de las supernovas fuese un espejismo estelar. Pero no lo era. El sol de Albron había dejado de existir. La luz de la supernova aún tardaría medio siglo en llegar a Acidalia. Entonces aparecería repentinamente en el firmamento una explosión colosal que maravillaría a la gente. La naturaleza muestra a veces sus efectos con más retraso que la Administración resolviendo expedientes.

Habíamos escapado de la supernova por poco. Si el generador auxiliar no se hubiese activado, la onda de choque nos habría dado alcance y a estas horas yo no estaría en mi apartamento, sino disgregado en una nube de partículas elementales, fundido en el crisol de la supernova.

—¡Quieto, Rufián! No te acerques al cedro enano.

El perro me ignoró, aunque yo sabía que me había entendido perfectamente. El auriga se había hecho el amo de

la casa durante mi ausencia. A pesar de ello, las plantas del invernadero no habían sufrido demasiados daños, salvo algún que otro higo despachurrado en el suelo. A Rufián le encantaban los higos.

—Disculpa, Meldivén, han llamado a la puerta —me indicó Bleis.

Eché un vistazo al vídeo de seguridad. Un hombre delgado de mostacho poblado, que vestía un traje impecable de tertledón gris, miraba con desconfianza al objetivo de la cámara.

—Me llamo Reiken, Endo Reiken —dijo el individuo—. He sido comisionado por la Confederación para entrevistarme con Meldivén Avrai —exhibió a la cámara una cartulina con el holoemblema del gobierno.

—Yo soy Meldivén —respondí, sin abrirle la puerta—. Trate los asuntos fiscales con mi abogado.

—Le ruego que analice detenidamente la tarjeta —insistió el hombre—. No soy un inspector.

Cerré el circuito de audio, para que no pudiese oírme.

—¿Qué opinas, Bleis?

—La tarjeta ha sido expedida por el departamento de defensa, división de inteligencia militar. Es auténtica.

—¿Inteligencia militar? —presentí que tendría problemas— ¿Qué pasaría si me niego a abrirle?

—No te lo recomiendo. Los agentes de Inteligencia pueden entrar a cualquier domicilio cuando se les antoja, ordenar tu detención e incautarse de tus propiedades sin autorización judicial.

—Pero si yo no he hecho nada —me puse a pensar—. Bueno, nada que justifique la presencia de ese hurón del gobierno.

—Eh, oiga —el agente se impacientaba—. ¿Va a abrirme o no?

Le abrí la puerta.

—No traigo un cañón láser bajo el abrigo —sonrió estúpidamente Reiken—. Aunque si desconfía, puede registrarme.

—Bleis ya lo ha hecho por mí.

—¿Bleis? Ah, su computadora. Vaya, si tiene usted un perro auriga.

Rufián enseñó los dientes al visitante.

—Tenga cuidado con él cuando llegue febrero —me advirtió el agente.

—Lo sé.

—Simpático chuchito. ¿Me permite usted que me siente? —antes de que se lo permitiese, Reiken ya se había acomodado en mi sofá. Sacó dos gruesos cigarros y me ofreció uno. Quizás un puro era lo único que estaría dispuesto a dar gratis, así que lo acepté.

—Intercompañía Doralus —leí en la vitola—. ¿Dónde he oído ese nombre?

—Morn Doralus es accionista de Ludosens, el fabricante de inductores neurales. Quizás le suena de eso.

Aspiré una bocanada. Me sentí mareado de inmediato. El puro era más fuerte que el licor de alquermes.

—¿Verdad que se siente mejor ahora?

Cuánta amabilidad para un agente del gobierno, pensé. Me pregunté qué querría de mí aquel chupatintas.

—Usted dirá —dije.

—Por medio del sindicato de transportistas he averiguado que hoy regresaría a Acidalia. También he tenido conocimiento del percance que ha sufrido su carguero. Lo lamento.

—No lo lamente. El seguro nos pagará los desperfectos.

—Supuse que no se lo habrían comunicado aún

—Reiken carraspeó, y se retiró nerviosamente la ceniza que le había manchado el pantalón.

—¿Qué es lo que no me han comunicado aún? Explíquese.

—Verá, las empresas de seguros decidieron hace tres días que las pólizas no cubrirían los daños causados por aparición de supernovas. Tráguese el humo, notará lo bien que le sienta.

—Por favor, repítamelo de nuevo —empecé a mordisquear la punta del cigarro.

—Se ha quedado sin nave, Meldivén. Y me temo que también sin la posibilidad de comprar otra. Sobre *Poderosa* pesa una hipoteca de más de ocho millones de argentales.

Inhalé hondo. Mi conciencia se nublaba en un mar de sensaciones embriagadoras.

—Déme otro.

—¿Cómo? —exclamó Reiken.

—Otro puro. Mi socio lo necesitará.

—Tal vez tenga razón.

—¿A qué ha venido? ¿Acaso le envía el banco?

—Caballero, ya le he dicho que soy agente del gobierno. Aunque no lo crea, he venido a prestarle ayuda.

—No le creo. Lárguese de aquí.

—Usted y su socio se encuentran en una crítica situación económica. Yo podría solucionar sus problemas para siempre.

—Ya entiendo, ha venido a matarme. ¿Es así como solucionará el gobierno el problema del paro a partir de ahora?

—Deje de decir idioteces y escúcheme. La Confederación les ha elegido para encomendarles una misión. Debería sentirse honrado por ello.

—Las únicas ocasiones que la Confederación se ha acordado de mí han sido para pagar impuestos.

—Muy bien —Reiken se levantó, estirándose sus impecables pantalones de tertledón—. Creo que alguien ha cometido un error. Si cambia de opinión, llámeme —me entregó una tarjeta—; pero no tarde demasiado. Hasta la vista.

—Esto es indignante, así que viene usted a regodearse de las desgracias ajenas, y todo para chuparme la sangre, porque es a eso a lo que me ha venido, ¿verdad? A mí no me engaña, le conozco, conozco a los tipos como usted, Reiken.

—Meldivén...

—Sí, no trate de excusarse; empiezan de muy buenas maneras y cuando te descuidas, te roban hasta la camisa.

—Meldivén, el agente se ha marchado.

—¿Cómo? —me froté los ojos. Reiken no estaba.

—Estabas conversando solo —dijo Bleis.

—¿Cuándo se ha ido? No lo he visto.

—Hace un momento.

Sospeché que había estado hablando demasiado.

—¿Mencionó cuál era su oferta? —pregunté. La niebla mental del cigarro no me dejaba pensar bien.

—Tú no le dejaste.

Apagué con rabia el puro. Intercompañía Doralus. Con semejante nombre, esa empresa no llegaría lejos.

Un ruido de cristales me sobresaltó.

—La cristalera principal del invernadero se ha roto a causa del impacto de una piedra —anunció Bleis.

—Habrá sido un crío.

Rufián salió disparado hacia el invernadero. Un momento. Si yo vivía en la planta 44. La piedra no podía venir de la calle.

Encontré en el suelo del invernadero una voluminosa piedra envuelta en papel. Rufián la olisqueó. Había algo escrito en el envoltorio.

Le hemos dejado un mensaje en su impresor de correo

Vaya broma. Un mensaje que advertía la existencia de otro mensaje. ¿En qué terminaría aquello? Me dirigí a la impresora. En brillantes tonos morados apareció lo siguiente:

Si no renuncia a la misión hoy mismo, lo que le ha sucedido a su perro le ocurrirá a varias personas que usted aprecia.

¡Rufián!

—He sellado herméticamente el invernadero —anunció Bleis—. La piedra está esparciendo gas venenoso.

Rufián se hallaba tendido en el terrazo, al otro lado del cristal. Sus patas se agitaban espasmódicamente. El perro me miró, babeando, implorando auxilio.

—¡Bleis, abre la puerta! Contendré la respiración y lo sacaré.

—Lo siento, Meldivén. El veneno es un potente corrosivo.

—¡Te ordeno que abras!

Era inútil. Bleis no permitiría que arriesgase mi vida. Rufián intentaba arrastrarse hacia el cristal, pero sus patas no

le obedecían. Un hilo de bilis se deslizó por su lengua. El pelo entró en combustión.

Murió sin emitir su último gug de despedida. Además de su cadáver, el resto de plantas había comenzado a arder. No quise seguir contemplando aquello y regresé al impresor de correo. El mensaje continuaba allí.

—No lo rompas. Servirá de prueba para una denuncia —me previno Bleis.

Esto no tenía sentido, nada lo tenía. Me amenazaban para obligarme a renunciar a una misión que no había aceptado y que ni siquiera sabía en qué consistía.

—Bleis, ¿detectas escuchas electrónicas en el apartamento?

—De haberlas encontrado te habría avisado.

Eso significaba que los autores del mensaje no se habían enterado de mi conversación con Reiken. Pero sin duda estaban al tanto de lo que el funcionario había venido a ofrecerme. Y dieron por supuesto que yo aceptaría, tal vez porque la oferta era tan tentadora que nadie en sus cabales la habría rechazado. Nadie que no se hallase bajo los efectos de un cigarro de la intercompañía Doralus. ¿Había obrado Reiken deliberadamente para sacarme de quicio? Quizá. A lo mejor existía una lista de candidatos para la misión, y si uno rehusaba, la oferta se la realizarían al siguiente. Reiken podía tener oscuros intereses en que yo rechazase para que el elegido fuese el siguiente de la lista.

Decidí ir a casa de Lérad y hablar personalmente con él. No podía fiarme del videofono, ni tampoco de Bleis. Podían haberla manipulado durante mi ausencia. Alguien pagaría la muerte de Rufián y del cedro enano, me prometí a mí mismo. Comprobé que me había metido en el bolsillo el papel amenazante y, tambaleándome, llamé al ascensor. La droga me había afectado más de lo que creía. Cuando el departamento de defensa supiese esto, a Reiken se le iba a caer el pelo. Debería recoger el puro como prueba, pero no me apetecía regresar al apartamento. Lo único que quería era salir de allí.

Un sonido musical me indicó que el ascensor había llegado.

—De juega nocturna, ¿eh? —me dijo Lérad al abrirme la puerta—. Podías haberme avisado, granuja.

Me tendí en su sillón, desfallecido y mareado. En una mesa vi desplegados varios números de la revista *Máquinas del espacio*, con señales entre las páginas.

—He encontrado un modelo que te va a encantar —Lérad me mostró la fotografía de un carguero reluciente. Debajo de la foto leí: Flixmat II, la realidad supera a la imaginación.

—Muy cierto —asentí.

—¿Te gusta?

—Me refiero a la frase del anuncio. Es cierto que la realidad supera a la imaginación. Olvida tus sueños de comprar otra nave. El seguro no nos pagará un argental.

—¿Qué?

—Las compañías aseguradoras decidieron hace tres días no cubrir los riesgos derivados de supernovas.

—Canallas. Entonces, que nos devuelvan lo que hemos pagado.

—Lérad, a veces me pregunto de qué te han servido los diez años que llevas en el oficio.

Mi socio masculló un exabrupto, y me arrebató la revista.

—Tu precioso carguero deberá esperar a mejor ocasión. Estamos arruinados.

—Vaya novedad —murmuró Lérad.

—Aunque tal vez no esté todo perdido —me froté la nuca. La cabeza me daba vueltas. El puro de Doralus me había producido una resaca mucho peor que una noche de borrachera—. Hace una hora recibí la visita de un agente de inteligencia militar, Endo Reiken —le mostré la tarjeta que me había entregado.

—¿Y qué quería?

—No lo sé. Me dijo que iba a solucionar nuestros problemas para siempre. Yo creí que venía a matarme, y, bueno...

—Mel, a veces me pregunto de qué te han servido los diez años que llevas en el oficio.

—Eh, no empieces a plagiar mis propias frases. Ese tipo me drogó. Me regaló un puro asqueroso.

—Y tú te lo fumaste.

—Parecía inofensivo.

—De modo que un extraño se presenta en tu apartamento, te regala un puro y tú te lo fumas.

—Me presentó una credencial del gobierno. Bleis la analizó y me dijo que era verdadera. ¿Qué querías que hiciese? Llevo tres meses sin fumar. Era una tentación demasiado fuerte.

—Se me ocurren otros usos que podrías haberle dado a ese puro.

—Reiken conoce nuestra situación financiera, sabe que estamos con el agua al cuello. Aseguró que habíamos sido elegidos para una misión.

—¿Qué misión?

—Tampoco lo sé. Se marchó, se esfumó; ni siquiera vi cómo se marchaba. Después envenenaron a Rufián.

—Reiken.

—No, bueno, creo que él no fue. Alguien lanzó una bomba de gas corrosivo contra el cristal de mi invernadero.

—Bah, ese perruzo era un estorbo para ti.

—Recibí este mensaje en el receptor de correo —le mostré el papel.

—Valiente forma de asustarte. Más que hacerte daño, te han hecho un favor librándote del auriga —Lérad releyó el mensaje—. Esto que pone aquí de "varias personas que usted aprecia" no lo dirán por mí.

—Desde luego aprecio, lo que se dice aprecio, no te ... —escuché un ruido—. ¿Has oído eso?

—Son las cañerías. Cogen aire.

Nos quedamos unos instantes en silencio. El ruido no volvió a producirse.

—Llamaré a Reiken, a ver qué quiere de nosotros
—Lérad marcó en el videofono el número que aparecía en la tarjeta. El rostro del funcionario se dibujó en la pantalla.

—El señor Lérad Yeldir, ¿me equivoco?

—El mismo. Usted debe ser Reiken.

—Veo que su compañero se encuentra con usted. Parece que ha recapitado.

—A pesar de su puro —le dije.

Reiken sonrió.

—Debí suponer que su organismo no lo toleraría. Sólo deseaba ser amable, discúlpeme.

—Explíquenos qué es lo que tiene que ofrecemos.

—Por vídeo no. Vengan a mi despacho ahora. Avenida Delis, 432. Les espero.

—¿Ahora?

—Sí —Reiken cortó la comunicación.

—Iremos mañana —le dije a mi socio—. Es tarde, y aún me dura el mareo.

—No podré dormir hasta saber de qué se trata —respondió Lérad—. Vámonos.

Abrimos la puerta de la vivienda. Desde el hueco de la escalera, dos ojos igneos nos acechaban en las tinieblas.

—¡Al suelo!

Un fognazo láser impactó en el marco de madera sintética de la puerta, produciendo un agujero que perforó hasta la pared. Lérad sacó su arma y repelió la agresión. Dos sombras se alejaron escaleras abajo.

Fuimos tras ellos. Las carreras se escucharon hasta que llegamos al piso noveno, en que cesaron abruptamente. Nos acercamos a la ventana del respiradero. Los sujetos se habían arrojado por el tubo de desalojo de emergencia y acababan de llegar abajo. Uno de ellos disparó contra el tubo para impedir que lo utilizásemos. El conducto se partió en dos.

—Los pájaros han volado —comentó Lérad.

—Unos pájaros con ojos de fuego —asentí.

—Y boca membranosa. ¿Te fijaste en su boca?

—No tuve tiempo.

—Pues yo sí. Jamás he visto una boca como esa. Vibraba, producía sonidos.

—¿Entendiste lo que hablaban?

—No. Mi traductor subepidérmico se armó un lío con las voces —Lérad le dio unos golpecitos a su microtraductor, implantado detrás de la oreja—. Quizás hablen una lengua desconocida. El trad necesitará más registros fónicos para lograr descifrarla. Reiken debe saber quiénes son.

—Seguramente. La cuestión es si querrá decírnoslo.

3. DESTINO: OJO MUERTO

—Han llegado, señor —anunció el policía militar.

—Hágales pasar.

El joven policía, que aún no había estrenado ablativo capilar, nos hizo pasar al despacho. La moqueta era gruesa y blanda, signo de que Endo Reiken era un tipo de relativo peso en el departamento. Digo relativo porque el resto de la decoración no merecía precisamente el adjetivo de maravillosa, sino que estaba diseñada sólo para cubrir las apariencias: a cualquier ojo medianamente despierto no se le escaparía la mediocre calidad del mobiliario. Los muebles de caoba sintética, solemnes y recios, estaban discretamente situados en la penumbra, fuera de la luz que surgía de una lámpara de brazos pesados que simulaban antorchas. Reiken, reclinado en su sillón de escritorio, nos rogó que nos sentásemos. El emblema de la Confederación se hallaba tras él, en un ostentoso mural. A la izquierda, el retrato del rehabilitado presidente Olden, y a la derecha, el del actual mandatario, Zenia Idria, que sonreía y miraba a la lejanía con porte gallardo, como si estuviese por encima del bien y del mal. Si hubiese nacido en la época precolonial, habría posado subido en un caballo rampante, sosteniendo un bastón de mando.

—De modo que ha cambiado de opinión —Reiken me hizo una mueca.

—Eso depende —me froté la nuca. La sensación de mareo aún no me había abandonado—. Condenado puro.

—Le confesaré por qué se lo di: para que aceptase la misión. Pero usted no me dejó hablar.

—Mi socio es muy impulsivo —dijo Lérad—. Debería haber tratado primero conmigo.

—Humm —Reiken abrió un expediente y se rascó su tupido mostacho—. Su perfil psicológico, Lérad, indica una inclinación exacerbada hacia los aspectos materiales de la vida.

—¿Qué trata de insinuarme?

—Que le gusta el dinero.

—Y a usted no.

—Bueno, claro que me gusta. Lo que quería decir..., olvídalo, iré al grano. Como saben, hace tres meses apareció una supernova en el sector Diffiuco II. La supernova Gezodar.

—En mitad de la crisis de Telura. Tenemos memoria.

—Exactamente, en mitad de la guerra. El conflicto terminó, el presidente Biln fue destituido, pero las supernovas han continuado apareciendo. Ustedes estuvieron en contacto durante algún tiempo con una criatura simbiótica hallada en una nave perdida. Lo tengo todo aquí apuntado —pasó una hoja—. En la nave Nivar I, que encalló en una bahía negra del sector Umoni.

—Creí que iba a ir al grano —dije.

—Le ruego, Meldivén, que no sea impertinente conmigo —Reiken me miró con desprecio—. Convivieron durante unas semanas con Nafidias Mosna, un anciano que estableció una sinapsis a nivel cerebral con la criatura.

—Yo diría que fue al contrario. El simbiótico estableció la sinapsis con Nafidias.

—El orden de los factores no altera el producto. Nafidias se fugó mientras estaba confinado en la estación orbital de Aproann, a la espera de que un equipo científico viniese a recogerlo. Cómo consiguió fugarse, todavía es un misterio. Nuestros expertos opinan que Nafidias sabría decirnos qué es lo que está pasando.

—Por nada del mundo iré a buscar a ese vejestorio —dijo Lérad.

—¿Ni siquiera por una nave nueva?

—Hable.

Reiken encendió un puro.

—Estos cigarros no son tan peligrosos como usted cree, Meldivén. Están liados a mano y secados al sol de Fomalhaut. Toda una labor de artesanía.

—Eso no los hace menos peligrosos.

Reiken exhaló una perfecta O de humo azul, y dijo:

—Las primeras supernovas aparecieron en sistemas drillines y rudearios. Para qué mentirles, nos alegramos de que eso sucediera. Los drillines han sido nuestros mortales enemigos, y cualquier desgracia que les ocurre es una celebración para nosotros. Las cosas cambiaron cuando el sol de Delta Procionis estalló hace un mes y arrasó una colonia de la Confederación.

—No es bueno alegrarse de las desgracias ajenas —sentenció Lérad.

—Cállese, sé que odia a los drillines tanto como yo.

Lérad guardó silencio.

—Pusimos a nuestras patrullas en alerta. Debían informarnos de cualquier anomalía que detectasen en nuestro territorio. Se estableció un operativo de vigilancia mediante satélites alrededor de nuestras estrellas. Teníamos que averiguar qué ocurría.

—¿Y ya lo han averiguado? —pregunté.

—Hace quince días detectamos la presencia de una nave de extrañas características merodeando cerca de Vulgin Alfa. Poco después, Vulgin Alfa se convirtió en supernova, y todos los habitantes de ese sistema murieron. Una de nuestras bases militares situada en el planeta más exterior captó la salida a gran velocidad de la nave intrusa, momentos antes de que Vulgin Alfa estallase. Hemos tenido noticias de que naves similares han sido detectadas por drillines y rudearios.

—Oí comentar algo a un cliente de Albron —recordé—. Mencionó algo acerca de los merodeadores.

—Capturamos la nave que trataba de escapar de Vulgin —Reiken entrelazó las manos—. Cazamos a esos cerdos, les torturamos, les hicimos de todo, pero no hablaron.

—Bonita historia —dijo Lérad—, aunque todavía sigo sin saber qué pintamos nosotros en esto.

—A Nafidias le fue implantado un transmisor bajo la piel, sin que lo supiese. Cuando escapó de la estación de Aproann, pudimos seguirle el rastro durante unas horas. Pero repentinamente desapareció. Creemos que fue capturado por una de esas naves. Tienen que traerlo de vuelta, a él y al simbiótico. En ellos está la clave para detener el avance de las supernovas.

—A Nafidias no puede ocultársele nada —rechacé—. Es capaz de leer las mentes. Seguramente fue él mismo quien se quitó el transmisor.

—¿Por qué tenemos que traerlo nosotros? —rezongó Lérad.

—Porque estuvieron en contacto con la criatura, y todavía siguen vivos.

—Y queríamos seguir estándolo.

—Yo también —Reiken nos observó fríamente, estirándose del bigote—. Seré sincero con ustedes: no sé quién demonios les ha seleccionado para esto, pero sea quien sea, ha hecho la elección equivocada. No les confiaría a ustedes ni la vida de mi suegra.

El funcionario mordió nerviosamente la punta del cigarro. Se levantó, dio un par de vueltas por la habitación y volvió a sentarse.

—Veinte supernovas en tres meses, ¿se dan cuenta? Nadie está a salvo, hoy mismo el sol de Acidalia podría estallar; ustedes, yo, todos nos iríamos al infierno. El único sitio seguro es el espacio profundo, lejos de cualquier estrella. Ésta es la crisis más grave de la historia. El conflicto de Telura fue un chiste comparado con lo que estamos sufriendo ahora. Alguien nos está atacando con el arma más poderosa que se ha inventado jamás, y no tenemos ninguna defensa contra eso. Una sola supernova emite una radiación letal que se extiende hasta cien años luz del foco, e incluso más allá. ¿Saben lo que eso significa? La vida desaparecerá de la galaxia en unas décadas si no lo impedimos.

Reiken extrajo de una carpeta el retrato facial de un merodeador. Como habíamos supuesto, los ojos eran el rasgo más llamativo del rostro. Estaban muy separados y eran de color naranja. La cabeza carecía de pelo. Pequeñas

protuberancias óseas sobresalían del cráneo, formando una especie de caparazón semejante al de una tortuga. Las fosas nasales eran tres. La boca estaba formada por una membrana rosada. Girando la fotografía, la membrana vibraba y un vapor azulado surgía de la nariz.

—¿Tienen idea de a qué especie pertenece? —preguntó Reiken.

—No —admitimos.

—Yo tampoco. Hemos descartado que pertenezcan a la Vía Láctea. Podrían provenir de algún mundo inexplorado, pero conocemos todas las especies inteligentes que han desarrollado el viaje espacial, y este canalla de la foto no encaja en ninguna de ellas.

—Tal vez provenga de otra galaxia —aventuré.

—Eso habíamos pensado, y quizás sea así, pero hasta ahora no hemos podido localizar su origen. Si vienen de fuera de la Vía Láctea, debe ser de un lugar muy lejano. Nuestros detectores de perturbaciones gravitacionales no han hallado discontinuidades de pozo cuántico fuera de los límites galácticos. Si ahí fuera existiese una civilización que tratase de invadirnos, habríamos captado el movimiento de sus naves a través del hiperespacio. Todas las mediciones hasta la fecha han dado negativo.

Reiken volvió a ponerse en pie y chasqueó los dedos. El mural de su despacho se convirtió en un tripanorama. La pantalla mostró el aspecto de la nave de los merodeadores. La sección de popa era desproporcionadamente abultada en relación al cuerpo central.

—¿Se imaginan lo que hay aquí? —Reiken señaló la sección con un puntero—. Un neutralizador de gravedad. Es capaz de contrarrestar un campo de un millón de gravitones.

—Nada en la naturaleza tiene la intensidad de un millón de gravitones —se apresuró Lérad.

—¿Está seguro?

La filmación mostraba una recreación de la nave merodeadora acercándose a una estrella. La nave disparó un globo blanquecino, que se dirigió hacia el corazón del sol.

—El color blanco que rodea al proyectil es una nube direccional de antigravedad. Nuestros investigadores afirman

que en el interior de la nube se oculta un objeto tremendamente masivo, del tamaño de la semilla de una sandía.

El globo blanquecino se zambulló como un meteoro en la cromosfera solar.

—En este momento, la nave merodeadora emprende la huida. El flujo de antigraavedad que rodea al proyectil es anulado a distancia.

La estrella se desplomó sobre sí misma. Sufrió una implosión de proporciones increíbles. Las capas exteriores cayeron al interior, y seguidamente, la estrella reventó. Unos instantes fueron suficientes para proyectar al espacio, en un terrible estallido, todo el hidrógeno que el sol habría tardado en consumir miles de millones de años, si los merodeadores no se hubiesen puesto por medio.

—Hemos llegado a la conclusión de que el proyectil era un microagujero negro.

El tripanorama finalizó. Mi socio y yo intercambiamos una mirada atónita.

—Tenemos fundadas sospechas de que los merodeadores utilizan agujeros negros para desplazarse —dijo Reiken—. Tal vez provienen de alguna galaxia lejana, quién sabe, pero hay motivos para pensar que no es así.

—¿Entonces, de dónde vienen? —quise saber.

—De otro universo.

—Oh, vamos.

Lérad alzó la mano.

—Qué quiere —dijo Reiken, ceñudo.

—¿No se le ha ocurrido pensar que los merodeadores pudieran ser drillines disfrazados?

—Sus sistemas planetarios están resultando tan afectados como los nuestros.

—Podría tratarse de una facción disidente.

—Ellos piensan lo mismo de nosotros. La aparición de supernovas ha creado una crisis política a escala galáctica. Tenemos que encontrar pronto una solución, o se desencadenará una guerra que acabará con todos nosotros antes que las supernovas.

Esta vez levanté yo la mano.

—Y ahora, qué le ocurre a usted —gruñó Reiken.

—Quería que me explicase por qué supone que existen otros universos, además del nuestro.

—Ya me imaginaba que no conocerían los trabajos de la doctora Masogari —dijo con expresión de suficiencia—. Fue el primer ser humano que colaboró con la especie blesel en un proyecto de alta tecnología.

—Hemos oído mencionar hablar de los blesels —dije—. Son una especie huraña. Viven aislados unos de otros.

—Cierto, rehuyen el contacto de sus propios congéneres; de ahí el mérito de la doctora. Masogari se propuso demostrar la existencia de universos paralelos. Ideó un experimento consistente en hacer desaparecer de nuestro universo una esfera de gánido pulsante. La energía del emisor de gánido podría captarse al instante desde cualquier lugar del universo, no importa dónde emergiese. Los s-taquiones pueden atravesar la distancia más grande que imaginen en un tiempo cero, de modo que si la esfera retornaba al espacio normal, la pulsación de gánido permitiría hallarla inmediatamente. Masogari envolvió la esfera con un campo energético de diez teravatios de potencia y provocó una reacción nuclear. La esfera desapareció del continuo espaciotemporal y no ha vuelto a saberse de ella. Masogari sostiene que su experimento creó una brecha en el tejido del universo, y que la esfera se deslizó a través de ella.

—¿Dónde se encuentra esa brecha?

—Es un secreto. La detonación energética originó un agujero negro, bueno, *creemos* que es un agujero. Nosotros preferimos llamarlo singularidad.

—Suena más técnico —dije.

—Hay quien piensa que la esfera fue destruida en la detonación y que la aparición de Ojo Muerto no demuestra nada, pero...

—Perdón, ¿cómo ha dicho?

—Ojo Muerto. Así hemos bautizado a la singularidad. Verán, está rodeada de un disco de acreción; desde el espacio parece un ojo vacío. Tal vez la singularidad no resulte ser la brecha que imagina Masogari, pero tenemos que arriesgarnos.

Nos recorrió con la mirada.

—Eso de arriesgarnos, ¿le incluye a usted también? —le espetó Lérad, suspicaz.

Reiken nos echó el humo a la cara.

—De buena gana me iría hacia Ojo Muerto, pero tengo esposa e hijos que mantener —exhibió una sonrisa cínica.

En la pantalla se formó la imagen de una nave estrafalaria. La proa pentagonal coronada por una cúpula no encajaba en absoluto con el cuerpo principal en forma de salchicha. En cada flanco de la nave se veían dos ranuras destinadas al despliegue de estabilizadores atmosféricos. La popa era desproporcionadamente abultada. Un detalle del fuselaje reveló la presencia de pequeñas células destinadas al mantenimiento del campo de antigravedad.

—Otra nave de los merodeadores —dijo Lérad.

—Se equivocan. Esa preciosa máquina la hemos fabricado nosotros.

—¿Qué es lo que tiene de preciosa?

—El dinero que nos ha costado. Cuiden bien de Euclides. Vale su peso en oro.

Lérad negó con la cabeza.

—¿Piensa que estamos locos? No vamos a meternos en el Ojo Muerto ni por...

—Quinientos mil cada uno —dijo Reiken—. Y la reparación de su carguero. Además, renegociaremos la hipoteca que grava a *Poderosa* para que puedan pagarla en cómodos plazos, según sus posibilidades.

—Bueno... —vaciló mi socio—. Supongo que si el Ojo está muerto, no podrá hacernos mucho daño.

—No tan deprisa —intervine—. La singularidad nos hará trizas en cuanto nos acerquemos a la zona de acreción. ¿Cómo saben que el generador de antigravedad aguantará la fuerza de marea?

—No lo sabemos. Pero es una réplica al milímetro del que encontramos en la nave de los merodeadores. Si a ellos les sirvió para llegar a este universo, supongo que también les servirá a ustedes para viajar al de ellos.

—Un buen argumento —convino Lérad, a quien le brillaban los ojos de avidez.

—Sigo sin verlo claro —objeté—. Admitiendo que pudiésemos llegar a otro universo a través del Ojo Muerto, ¿cómo encontraremos el camino de vuelta?

—Preguntando —rió Reiken—. Es broma. Bueno, no del todo. Deben indagar qué método utilizan los merodeadores para penetrar en nuestro cosmos. Para el caso de que no lo encuentren, nuestros investigadores sugieren que utilicen una puerta de discontinuidad, vamos, un agujero negro.

—Nadie que haya entrado en un agujero negro ha sobrevivido a la experiencia.

—Porque hasta ahora carecíamos de un generador de antigravedad lo bastante potente.

Examiné de nuevo la fotografía del merodeador. La membrana bucal se agitó ante mis ojos con energía. El ser me dirigió una mirada flamígera. Las holoimágenes habían alcanzado un grado de realismo inquietante.

—¿En qué está pensando? —me preguntó Reiken.

—Dos seres como éste intentaron matarnos hace media hora, cuando salíamos del apartamento de Lérad.

—Bueno, cuál es el problema.

—¿Le parece poco problema que disparasen contra nosotros? Destruyeron mi invernadero y mataron a mi perro auriga.

—Lo siento.

—Reiken, no me creo toda esa historia de universos paralelos que nos ha contado. Esos asesinos tenían pinta de ser de *este* universo.

—¿De verdad? ¿Y cómo se imagina usted que podrían ser los habitantes de otro cosmos?

—Algo completamente distinto a lo que hubiésemos visto jamás. Éstos son bípedos, tienen dos brazos, una cabeza, ojos. Demasiadas coincidencias para venir de otro universo.

—Existe algo llamado selección natural, Meldivén. La configuración óptima es la que al final prevalece. Admitiendo que entre su cosmos y el nuestro hay una cierta compatibilidad, dado que existen puertas de comunicación, las leyes físicas no pueden diferir sustancialmente. Los procesos de selección biológica deben ser análogos a los que aquí rigen.

Aquella historia me sonaba a tomadura de pelo, pero la oferta era tan apetitosa que no podíamos rechazarla. Antes que hundirnos en el fango y permitir que el banco se quedase con todo nuestro patrimonio —presente y futuro—, preferíamos arriesgarnos y aceptar la misión. No teníamos otra alternativa. Si rechazábamos, nos estaríamos arrepintiéndolo el resto de nuestra vida. En cualquier caso, aquel cuento inverosímil podía resultar ser cierto, y si rehusábamos, ¿qué le ocurriría a la Vía Láctea?

La humanidad nos necesitaba. Mi pecho se hinchó de orgullo.

—Dijo antes que capturaron a un grupo de merodeadores —le recordé.

—Nuestros interrogatorios no lograron resultados. Se suicidaron antes de que empezásemos a sacar algo en claro.

—¿Cómo permitieron que se suicidaran? Deberían haber estado bajo vigilancia día y noche.

Reiken sacudió la cabeza, murmurando para sus adentros quién era yo para decirle lo que tenía que hacer con sus prisioneros.

—*Estaban* bajo vigilancia constante. Pero a pesar de ello, se suicidaron.

—Mordieron una cápsula de veneno escondida entre las muelas —dijo Lérad.

—¿Qué muelas? —Reiken se mordió el extremo del bigote, lamentando nuestra presencia en el despacho.

—Olvidé que tienen una boca de membrana —se excusó Lérad.

—La autopsia reveló que murieron a causa de hemorragia cerebral. Nuestros forenses no salen de su asombro. Los tres merodeadores fallecieron al mismo tiempo.

—¿Quiere decir que ellos mismos se causaron la hemorragia?

—Ya sé que parece increíble; es como si hubiesen intentado suicidarse conteniendo la respiración. Pero ellos lo consiguieron. Rompieron dos arterias de riego encefálico con el poder de su mente. Provocaron un aumento del torrente sanguíneo en la zona parietal, por algún mecanismo de

autocontrol circulatorio desconocido, originando que la presión de la sangre en la...

—Es suficiente. Le creemos —corté.

—Bien, saldrán esta misma noche. Euclides se halla lista para despegar. Una escolta les conducirá hasta el espaciopuerto. Ni qué decir tiene que la misión es secreta: nada de llamadas a sus familiares. Encontrarán todo lo que necesiten en la nave. Se les ha asignado un fondo de doscientos mil argentales para gastos, aunque lo más probable es que no los necesiten; así que no malgasten los dineros del contribuyente. Las coordenadas de Ojo Muerto están programadas en la computadora de a bordo. ¿Alguna sugerencia?

—Sí —dijo Lérad—. Arréglese el bigote. Tiene un aspecto pésimo.

4. TELRO

No hubo ceremonia de despedida, los soldados no nos rindieron honores, ni tampoco sonaron los acordes del himno estereoscópico de Rallmeda. Todo fue silencioso y discreto. Euclides despegó a las 3.23 de la madrugada, hora local. Reiken bufó al vernos partir, sin desearnos siquiera éxito, fortuna o esas cosas que se suele decir en ocasiones como aquella. Nuestra sensación de estar siendo utilizados como conejillos de indias fue incrementándose con el paso de los días. El generador de antigraavedad de la nave era un prototipo que no había sido utilizado hasta ahora. Sospechábamos que, antes de arriesgarse a perder pilotos cualificados, la Confederación había optado por mandarnos a nosotros y ver lo que sucedía.

El despegue fue rodeado del máximo secreto. Apenas unas cuantas autoridades del gobierno tenían conocimiento de la operación. El temor de que el escudo de antigraavedad pudiese caer en malas manos era manifiesto. La situación política aconsejaba ser cauteloso. En Flangaast, un planeta neutral, se había reunido la conferencia de crisis prevista por el tratado Larman para solucionar los conflictos entre especies inteligentes. Cuando se producía una situación de crisis, los complejos engranajes de la diplomacia se ponían en acción, y una comisión de cada gobierno signatario, drillín, ruderario, arbino, naroliano y humano, partía hacia Flangaast para tratar de llegar a una solución amistosa. La conferencia se había reunido dos veces en el medio siglo de vigencia del tratado,

para resolver conflictos menores tales como disputas fronterizas o litigios sobre zonas de protectorado.

La presente crisis era distinta. Las supernovas habían afectado a sistemas de los cinco gobiernos. Sólo alguien muy maquiavélico o que sintiera un profundo desprecio por su propio pueblo podría ser capaz de una cosa semejante. Cada gobierno trataba de acumular pruebas de que los contrarios eran los culpables; y así, la conferencia se convirtió en una sarta de acusaciones donde los viejos rencores y la xenofobia ganaron la partida a la razón y al buen juicio. Los representantes drillines amenazaron con abandonar la conferencia y denunciar el tratado Larman. Traducido al lenguaje llano, eso significaría una declaración de guerra.

La Confederación no podía permitirse un nuevo conflicto. Acabábamos de superar la guerra con Telura y las heridas abiertas todavía no habían cicatrizado. Los sistemas confederados seguían desconfiando del poder central, y éste de aquéllos. En caso de guerra con los drillines, nadie sabía si existiría un mando militar unificado o si cada dirigente regional obraría por su cuenta. Las instituciones centrales de la Confederación habían quedado seriamente debilitadas tras la destitución del presidente Eos Biln, cediendo parte de sus poderes en favor de los sistemas planetarios. La disgregación beneficiaba a los drillines, quienes no desaprovecharían la ocasión para desquitarse de las viejas querellas que les enfrentaban con la Confederación desde antaño.

Y mientras tanto, las supernovas continuaban apareciendo.

Euclides tenía programada una complicada ruta de saltos, a fin de despistar a los curiosos que tratasen de seguirnos en nuestro camino hacia Ojo Muerto. La astronave era autosuficiente; de hecho, estaba concebida para alcanzar su objetivo sin tripulantes. El cálculo de coordenadas, la asignación de vectores de entrada y salida de pozo cuántico y las iniciativas de ruta habían sido asumidas por la computadora de vuelo. Ante tal panorama, decidimos que Euclides siguiese encargándose del trabajo duro, mientras nosotros disfrutábamos de horas de asueto en la sala de juegos de la nave.

Lérad había descubierto un idealizador multiplex. Pasaba la mayor parte del tiempo bajo la campana del idealizador, enfrascado en batallas sintéticas que transmitían sensaciones de vértigo a su corteza cerebral. Yo prefería los juegos clásicos, como el ajedrez, las damas o el venablo hiriente, pero con los gritos que pegaba mi socio en la campana, era difícil concentrarse en el movimiento de las piezas.

Me encontraba jugando una partida de ajedrez con un tablero parlante. Yo llevaba las blancas. Tras una hora de encarnizado duelo, estaba a punto de ganar al tablero. Había jugado ya catorce partidas, sin conseguir ganar todavía ninguna. La máquina se mofaba de mí y se vanagloriaba constantemente de su capacidad estratégica. Ya estaba harto de ella. O le ganaba ahora, o la haría callar para siempre. El ajedrez se demoró unos segundos en mover. Estaba programado para eso. Aproveché para descansar un poco y estirar las piernas.

Me acerqué al idealizador y examiné el estuche que Lérad había elegido. "Los monstruos policromos atacan la galaxia", leí en letras fosforescentes. "Conviértase en Fénix Bartran, el héroe del heterocine, y no permita que un solo monstruo policromo traspase la barrera que usted defiende y alcance el mundo de unidad vital". No es que yo tenga nada contra estos juegos, pero me crispaba los nervios que Lérad gritase tanto cuando estaba bajo la campana del idealizador.

—Su turno, señor —dijo el parlante.

Inspeccioné el tablero. El ajedrez pretendía comerme la torre a cualquier precio. Pero yo lo tenía hábilmente acosado con mi combinación infalible de caballo y reina.

—Jaque al rey —anuncié—. Harías bien en retirarte. Sería un gesto de humildad que te honraría.

—¿Retirarme? —replicó el ajedrez—. No conozco esa palabra. Y para que lo sepa, usted no tiene ninguna posibilidad de vencerme, pese a que haya elegido las blancas en el turno que a mí me tocaba llevarlas.

El ajedrez desplazó su rey negro dos cuadros a la derecha, y la torre dos a la izquierda.

—¡Eh, no puedes hacer eso! —protesté—. Te estoy dando jaque.

—Ya lo he notado —dijo el tablero con desdén.

—Durante un jaque no puede enrocarse el rey —alegué—. Está prohibido. ¿Acaso has olvidado las reglas?

—Es usted el que las desconoce. En el 125º congreso de expertos en deportes de mesa se suprimió la prohibición, para fortalecer las tácticas defensivas.

—¿Congreso de qué has dicho?

—De expertos en deportes de mesa. Se celebró en Celsus VI hace dos meses.

Consideré la posibilidad de que el ajedrez estuviese mintiendo. Sabía que era capaz de hacerlo, aunque en esta ocasión presentía que decía la verdad.

—Anula tu movimiento —exigí—. Esa regla es demasiado reciente para que pudiese conocerla.

—Mi enroque es perfectamente legal. Si usted no se preocupa de estar al tanto de las últimas novedades, la culpa no es mía.

Dudé en amenazarle con una reprogramación, pero al fin y al cabo, sólo era un juego.

Con aquella distracción me precipité en el siguiente movimiento y cometí un error. El ajedrez, implacable, se aprovechó de ello.

—Este caballo blanco me estaba resultando especialmente molesto. Ñam, ñam —la pieza se deslizó limpiamente fuera del tablero, como un patinador en una pista de hielo—. Le toca a usted.

—Ya sé que me toca. No es necesario que me lo recuerdes constantemente. Y haz el favor de no decir ñam ñam cuando te comas una pieza.

El ajedrez me estaba distraendo adrede. Para colmo, Lérad no cesaba de aullar dentro del idealizador. El tablero empezó a canturrear una melodía horrorosa. Efectué mi movimiento.

—Un alfil menos —cogí la pieza y la situé fuera del tablero. Su casilla fue ocupada por uno de mis más valerosos peones. El ajedrez detuvo su canturreo—. Sé que no te lo esperabas.

—Desde luego que lo esperaba. Su estrategia, Meldivén, es lastimosamente previsible. La verdad, esta partida no pasará a enriquecer mi banco de datos.

—Mueve ya.

—Estoy jugando por debajo de mis posibilidades. Le recuerdo que poseo sesenta niveles de dificultad, y usted no ha seleccionado nunca más allá del noveno. Aún así... —el ajedrez imprimió un impulso preciso en diagonal a su alfil negro, que traicioneramente abandonó su escondite en una esquina del tablero—. Mi alfil come. Otro caballo blanco avanzó demasiado, y va a tener su merecido. Ñam, ñam —el último caballo que me quedaba abandonó el tablero—. No obstante, y aunque estoy jugando en el nivel noveno, me será sumamente fácil ganarle a usted.

Lérad había salido del idealizador, y estaba observando el tablero.

—Te lleva dos piezas de ventaja —comentó.

—Lo sé. Y de no ser por tus aullidos, aún las conservaría.

—Ten cuidado. Tu torre blanca está en peligro.

—No se permite la ayuda de personas ajenas a la partida —me recordó el tablero.

—No necesito ayuda para ganarte —le dije a la máquina.

—Por favor, mueva. Es su turno.

—Ya sé que es mi turno.

Las sirenas de alarma comenzaron a ulular. Corrimos hacia la cabina de control. El ajedrez, al notar que me marchaba, me advirtió que si abandonaba la partida, él se proclamaría vencedor.

La pantalla central de la cabina nos mostró la causa de la alarma. Lérad se hizo cargo del pilotaje.

—Acaba de salir del hiperespacio —dije.

—Dame una lectura de los escáneres —pidió mi socio.

—Parece un caza de fabricación ruderaria. Se detecta actividad biológica superior.

—Así que seres del universo paralelo —rió Lérad—. Llama a la Confederación y avísales que nos siguen.

—Transfieren energía a los cañones. Van a atacarnos.

Lérad aplicó potencia máxima a los impulsores, pero no con la suficiente rapidez para esquivar una descarga láser. Euclides se zaranó.

—Van a ver lo que es bueno —murmuró Lérad—. No saben que acabo de jugar una hora al idealizador Multiplex. Todos mis reflejos están aguzados al máximo.

El casco sufrió el impacto de otro disparo.

—Pues menos mal —dije—. No sé qué haríamos sin tus reflejos.

—Calla. Me situaré detrás de ellos y los sorprenderé.

—¿Detrás? ¿Qué estás pensando, Lérad?

—Observa y admira.

Euclides realizó un picado. Mi socio tenía la intención de efectuar un giro de ciento ochenta grados, pero uno de los motores secundarios falló, y la nave se quedó en una posición grotesca. Nuestros perseguidores se cebaron con nosotros.

—¡La energía del blindaje está bajando! —dijo Lérad.

—Han acertado en una de las baterías —informé—. El escudo no aguantará mucho.

Los indicadores de daños rebosaban de información. Euclides se dirigió a nosotros:

—Les recomiendo un aterrizaje de emergencia, si no quieren que la avería en los acumuladores provoque un fallo general.

—Sugerencia aceptada —dijo Lérad. La estructura de la nave se estremecía ante los continuos vaivenes que mi socio forzaba a realizar—. Pero yo no veo por aquí cerca ninguna pista de aterrizaje.

La computadora presentó en retícula las coordenadas de TELR/0 128895.

—¿Telro? ¿Qué es eso, un planeta? ¿Quieres que bajemos allí y nos cacen los ruderarios?

La nave temblaba como un flan. Crujidos sospechosos en el techo nos avisaban de las consecuencias que sufriríamos si no seguíamos las indicaciones del ordenador.

Telro no parecía hostil a simple vista. Cuatro quintas partes de la superficie estaban cubiertas de agua. El quinto restante era tierra firme, pero estaba distribuida por todo en globo en forma de islas minúsculas. Un océano inmenso con

diminutos terrones flotando a la deriva. Y se suponía que nosotros debíamos posarnos en uno de esos terrones. Daba la impresión de que no encontraríamos ninguno lo bastante grande para que el tren de aterrizaje se posase sin que alguna parte quedase fuera. La computadora realizó la elección por nosotros, y descendió en una extensión vercosa rodeada de arrecifes coralinos.

Al menos *parecían* arrecifes coralinos.

El ordenador nos indicó las herramientas que necesitaríamos para reparar los daños. Mientras Lérad iba a buscarlas al almacén, entré en la sala de máquinas a echar un vistazo. Nuestros perseguidores habían tenido muy buena puntería. Contemplé con el ceño fruncido un grueso conducto tubular reventado, por el que salía un manojo de cables semifundidos. Íbamos a tener trabajo para rato.

Lérad entró con dos pesados maletines de herramientas. Elegí un soldador electrónico y me agaché a inspeccionar los cables quemados. Euclides dijo:

—Sugiero que comiencen por las averías que yo no pueda reparar por mí mismo. El cable B—99 que une la unidad primaria de energía con el regulador térmico Lebán necesita ser sustituido.

—¿Eso nada más? —contestó Lérad—. Puedo hacerlo yo solo. Mel, tú sal ahí fuera y mientras tanto busca un escondite seguro, por si los merodeadores vienen antes de que acabe las reparaciones.

—Me he tomado la libertad de conectar el dispositivo de camuflaje —dijo Euclides—. En estos momentos estoy anulando el calor residual de los motores con refrigerante.

Abrí la escotilla de salida. Euclides trataba de ser en todo momento correcto, pero yo sabía que Lérad odiaba que una máquina le sugiriese constantemente lo que tenía que hacer.

La atmósfera de Telro era respirable, aunque demasiado húmeda. La vegetación estaba cubierta por una delgada película de agua. El terreno era una mezcla de fango y algas. Cuidando de no resbalar, caminé hacia un monte que destacaba en el paraje por sus numerosas cavidades. Un musgo denso trepaba por el monte hasta unos veinte metros de

altura, cesando bruscamente y dejando al descubierto una pared basáltica.

El caza rudeario apareció en el horizonte.

Iba a coger el intercom para avisar a Lérad, pero antes de pulsar el botón del transmisor vi salir a mi socio de la nave, alertado por el servicial Euclides. No esperábamos que nos descubriesen tan pronto. El caza se dirigía directamente hacia la isla, y eso que el computador había asegurado que el sistema de camuflaje estaba activado.

Trepamos por la ladera del monte. Para dificultarles la búsqueda, cada uno se ocultó en una cueva distinta. El piso de la mía estaba anegado por el agua. Su interior era frío como un congelador. Busqué entre los bolsillos algo para alumbrarme, pero no encontré nada que me sirviese.

Cuando mi hombro rozó aquel tejido rasposo y desagradable, supe que no estaba solo en la cueva. Un poderoso zumbido de respuesta me hizo imaginar las proporciones que alcanzaría el ala del insecto que había tocado. Al tiempo descubrí que lo que había pensado que era agua, olía de un modo sospechoso. No me explico cómo no me había fijado antes. La caverna entera apestaba al orín de aquel bicho.

Mis ojos se fueron habituando a la oscuridad. Conteniendo la repulsión que sentía, me situé tras el cuerpo anillado y bulboso del insecto, procurando no volver a rozarle. Saqué la pistola láser y apunté a la entrada de la cueva. Los merodeadores no tardarían en aparecer.

Y así fue. Poco después escuché el estruendo de los motores de una nave espacial. Las paredes de la gruta vibraron ligeramente al contacto del tren de aterrizaje con la isla. El insecto se removió y emitió un ronquido quejoso, pero no se despertó.

Volvió la calma. Conecté mi traductor subepidérmico, programándolo para la mayor sensibilidad auditiva. El trad captó murmullos de la nave intrusa. Dos o tres tripulantes habían saltado al exterior y estaban hablando. Escuché el chapoteo de las botas en las algas. Las pisadas se acercaban.

El trad empleó dos minutos en descifrar la clave lingüística, algo realmente inusual. Eso significaba que los

merodeadores no eran rudearios, o bien que no hablaban el idioma rudeario, ya que el trad apenas emplea un nanosegundo para identificar cualquiera de las lenguas conocidas. La primera frase que descifró fue:

—¡Uf, uf, huelo a humano!

Un rudeario jamás habría dicho "huelo a *humano*", sino huelo a primate, o a mono. Algo no encajaba. Aferré el láser entre las manos.

—Se han escondido en las cuevas. El rastro es inconfundible —se oyeron risas, o así las interpretó el trad, una especie de gorjeos emitidos por bocas membranosas.

—Para eso no necesitas el rastreador.

—No, pero quiero asegurarme.

Siguió un silencio sepulcral. Debían estar subiendo por la ladera, con mucho cuidado para no hacer ruido.

Una figura de dos metros de estatura apareció en la boca de la gruta. No podía verme, parapetado como estaba detrás del insecto gigante. De hecho, el intruso no se imaginaba que allí había un insecto gigante durmiendo. Porque si lo hubiese sabido, no habría encendido un proyector de calor para abrasarme.

—¡Te voy a freír vivo!

Me protegí los ojos con las manos, lo que me salvó de una ceguera segura. El insecto despertó de su siesta.

—¡¡Cuiii!!

El monstruo se incorporó. Sus cientos de patas se agitaban frenéticamente bajo su cuerpo bulboso. Vio inmediatamente al intruso y se lanzó a por él sin dudar. Lo último que contemplé de la escena fue al insecto curvando su abdomen y ensartando a su víctima con el aguijón, para emprender seguidamente el vuelo con la presa colgando del apéndice. Posiblemente se lo llevaba hacia un lugar apartado donde poder disfrutar de su almuerzo cómodamente sin ser importunado.

Después de todo, había hecho bien escondiéndome en la cueva.

Me asomé fuera. El otro merodeador salió corriendo, aterrado por la aparición del insecto. Lo vi esconderse en un bosquecillo de árboles parecidos a cocoteros.

El caza rudeario había aterrizado al lado de Euclides. Alguien debía permanecer todavía dentro. Lérad salió de su escondite y bajamos hacia las naves.

—Hay que echar la puerta abajo —mi amigo colocó una bomba térmica en la entrada del caza rudeario. El metal empezó a calentarse rápidamente. Pasó del rojo al blanco en cuestión de segundos. La compuerta se transformó en un charco de metal fundido.

Quedaba un merodeador dentro, como suponíamos. Se había hecho fuerte en la cabina de pilotaje. En cuanto nos pusimos a su alcance, nos disparó una ráfaga.

—¡Venid si os atrevéis! Vamos, venid. No me cogereis nunca.

Una columna maciza del pasillo desapareció. Lérad retrocedió hasta mi puesto, en un saliente al final del corredor. El merodeador debía contar con un arsenal de armas pesadas en la cabina, para volatilizar aquella columna de un solo disparo.

Lérad abrió un eslabón de su cinturón y sacó una granada de gas alucinógeno BAB.

—Ya veremos si te cogemos o no.

Tiró la granada hacia la cabina.

—Estará fuera de combate antes de que le dé tiempo a ajustarse la máscara antigás.

Los minutos pasaron. Quizás el BAB había hecho efecto.

—¿Qué te decía? —sonrió Lérad—. Entremos a rematarlo.

—Espera. He oído algo.

—¿Puede explicarme alguien lo que se supone que es esto? —dijo el merodeador—. Por una abertura sale humo, pero...

Lérad murmuró una maldición.

—Una etiqueta —continuó el ser—. Be, a, be, vaya, bab, suena bien. Bab, bab, beb, boob, ¡jestoy flotando!

—¿Qué te decía? —comentó Lérad—. El gas le ha hecho efecto.

Mi amigo se dirigió hacia la cabina. En cuanto quedó al descubierto, el merodeador disparó salvajemente contra él.

Lérad rodó por los suelos y retrocedió hasta la esquina como pudo. Había resultado herido en el antebrazo derecho. El merodeador no paraba de reír desde su escondite. Nos había engañado.

Mientras pensábamos en la forma de capturarlo, escuchamos unos gemidos lejanos procedentes del exterior. Salí a ver qué era. Los gemidos procedían del bosque de cocoteros. De las hojas caían frutos negros que se abrían como flores carnívoras al contactar con el suelo. Al infortunado merodeador que se había internado en el bosque le esperaba un porvenir infausto.

Ya sólo nos quedaba el individuo de la nave, pero cualquiera entraba a por él. Se había atrincherado en la cabina y no veíamos forma de sacarlo. Si pudiésemos capturarlo vivo, nos sería muy útil. Así podría explicarnos por qué habían utilizado un caza rudeario de gran tonelaje. Estaba seguro de que eran los mismos seres de la fotografía que Reiken nos mostró. Quizás trabajasen para los rudearios. O tal vez habían robado una de sus naves para confundirnos, quién sabe.

Regresé al caza.

—¿Alguna novedad? —pregunté a mi socio.

—Se resiste el condenado. Debía tener puesta la máscara antes de que le arrojase la granada.

—O bien el gas BAB no le ha hecho efecto. Acaso porque su metabolismo sea distinto.

—¿Qué quieres decir con... —un fogonazo láser nos obligó a agacharnos— ...con eso del metabolismo? El BAB afecta a una gran cantidad de seres vivos.

—Seres de *este* universo —maticé.

—No empieces tú también con eso.

Golpes extraños se sintieron repiquetear en el casco. Golpes secos, como el galope de un caballo. El merodeador dejó de disparar. También los estaba escuchando.

—Salgamos fuera a echar un vistazo —dijo Lérad—. Esto no me gusta.

Conchas del tamaño de una mano estaban saltando hacia el fuselaje del caza. Había una gran cantidad, y de la playa todavía venían más. Un auténtico hervidero.

—¡Aay! —gritó Lérad—. Me ha picado, una de esas cosas me ha picado en el pie.

—Marchémonos. Ya me da igual que cojamos al merodeador. Que se quede ahí dentro y se fastidie. Hemos fundido la compuerta de entrada, y mientras no la arregle, no podrá despegar. Las conchas darán cuenta de él.

Corrimos hacia Euclides. Varias lapas habían saltado al casco de la nave, adhiriéndose a él. Un claqueteo insistente que provenía de todas direcciones nos alertó de que aquel arrecife coralino no era lo que parecía ser. Las valvas estaban por todas partes. Algunas comenzaron a surgir de entre el barro. Había cientos de ellas.

La nave rudearia estaba literalmente cubierta de conchas que luchaban entre sí disputándose trozos de casco. Cuando subíamos por la rampa de Euclides, una voz gritó a nuestras espaldas.

—¡Esperad, esperad! ¡No me abandonéis aquí!
Sí, era aquel ser. El merodeador.

Salvad el Universo. 294 páginas.

© José Antonio Suárez.

Reservados todos los derechos.

<http://www.joseantoniosuarez.es>